

«No hay espacio para la disensión entre la Iglesia y la masonería»

Guillermo de Miguel Amieva Abogado y escritor

Reconocido masón, porque hace gala de ello, presentó ayer en el Casino una novela de género negro con la masonería como telón de fondo

■ **FERNANDO CABALLERO**

PALENCIA. 55 años. Nació en Zaragoza, de padre palentino (Alar del Rey) y madre asturiana (Llanes). Abogado en ejercicio desde 1990. Este es un somero perfil personal y profesional de Guillermo de Miguel Amieva. A estos datos, hay que unir su condición de escritor y masón, porque es de los pocos masones que reconocen y hace gala de su pertenencia a esta organización secreta. Es autor de los ensayos 'La iniciación de mowgli', 'Viaje masónico a bordo del nautilus', 'En torno al mandil', 'Déjame que te cuente la masonería' y 'El alma de la defensa'; de los poemarios 'La dama verde y la reina de la noche', 'Las oraciones libres' y 'Los poemas del nuevo horizonte', y de las novelas 'Don Quijote iniciado' y 'El plano de obra', que ayer presentó en el Casino.

—¿En qué consiste la construcción de un gobierno democrático de la humanidad, como se propone en su novela?

—El planeta ya no resiste el Estado Nación como modelo de convivencia porque este se ha quedado corto. El derecho nacional es insuficiente y los problemas que afectan a la humanidad requieren respuestas globales que solo pueden ser eficaces desde la promulgación de un derecho internacional eficaz. En resumen, necesitamos un modelo de Estado democrático capaz de gobernar el planeta por encima de las naciones. Los Estados Nación deberán desaparecer si queremos que la humanidad pueda convivir civilizadamente.

—¿Cree que es viable?

—No es viable a corto plazo, eso es cierto. Pero no hay otra solución frente a los retos actuales y frente al poder de las multinacionales y las mafias internacionales, las cuales están avivando las diferencias humanas, actuando por encima de la legislación estatal. Si no se impone una democracia global, se globalizará una dictadura planetaria y se perderá el sueño de la Ilustración europea (también de Alejandro Magno y de Kant) de hacer una sociedad feliz basada en la cultura, el derecho y el entendimiento de los pueblos.

—¿Este gobierno democrático de la humanidad es realmente un objetivo de la masonería?

—No. La masonería no tiene objetivos sociopolíticos. No hay una directriz ni nacional ni supranacional. La masonería pretende contribuir a la fraternidad universal del hombre, pero carece de un modelo construc-



Guillermo de Miguel Amieva. ■ ANTONIO QUINTERO

tivo concreto. Sin embargo, cada masón, como librepensador que es, puede proponer su respuesta. Yo, además de masón, soy un hombre de leyes. Creo en el Derecho como un instrumento organizador de la convivencia humana.

—¿Hay un acercamiento de la masonería con la Iglesia?

—Hace un año, el cardenal Ravasi publicó una carta de reconciliación con la masonería. No hay espacio para la disensión. La masonería tiene origen en la cristianidad medieval, pero con la Ilustración admitió a hombres de todas las religiones. En nuestra logia de Palencia hay varios católicos. El hecho religioso es aceptado por los masones regulares, y la Iglesia lo sabe.

Una comida con dos papas

—¿Cómo se le ocurrió incluir en la escena una comida con usted y los dos papas, el emérito y Francisco?

—Les he leído mucho y les respeto. Al leerles he descubierto en ellos una sabiduría enorme y un sentido esotérico muy grande, y, para una persona iniciada, como yo, esto no es cualquier cosa. Benedicto XVI hace hojalde fino en sus ensayos. 'La vida de Jesús' es una maravilla. Juan Pablo II me sorprendió con su poesía 'Tríptico Romano'. La literatura, como juego, te permite recrear cosas que desearías hacer, como comer con dos seres tan extraordinarios, lo cual es evidente que no puedes vivir en la realidad, e involucrar-

les contigo en el logro de una convivencia democrática de la humanidad. Es otra manera de reconciliar en la literatura lo que debería estar reconciliado en la calle.

—¿Por qué ha elegido el género negro para esta novela?

—La culpa de que me haya propuesto el reto de escribir una novela negra es de mi amigo y compañero letrado Eduardo Bueno, muy aficionado a este género. Un día, compartiendo un café en el Colegio de Abogados, me explicó que la novela negra va más allá de la trama, que la trasciende y afecta a la vida. Eso me enganchó. Aun así, creo que estamos ante un género muy difícil de realizar. Es mi primer intento.

—La novela combina elementos de ficción y de realidad. ¿Dónde están los límites entre ambas?

—La materia de tu propia vida y la de las personas que te rodean no se puede desaprovechar cuando te propones escribir. A veces, introduces tus cosas, tus pensamientos, tu deriva existencial, pero también la de amigos o seres queridos. Es muy grande introducir en la intemporalidad a personas que quieres o admiras, como es el caso de Laura, mi sobrina, personaje de la novela e inspectora de policía en la vida real. A veces, lo que vives parece una ficción, y lo que escribes se acerca a lo real de un modo sorprendente. Una novela, como cuerpo físico, es una territorio de frontera entre la realidad vivida y lo imaginado.

—Hay varios tiempos en la novela y como narrador. ¿Plantea su obra como una metanovela, una novela dentro de otra?

—Creo que la novela responde a mi manera de estar en el mundo. Ante todo soy un librepensador, lo que explica que no haya cuajado en determinadas organizaciones sociopolíticas que no respetan la libertad de sus miembros, o que, a veces, resulte incómodo ante determinadas instituciones que mantienen un discurso lineal que no se puede variar. Perteneczo a la clase de españoles que hemos pensado por nuestra cuenta, los heterodoxos.

Aventura filosófica

—¿A qué da más importancia, al discurso masónico o a la trama novelística?

—La masonería es la aventura filosófica y fraternal más hermosa que he vivido. Ser masón es natural en mí, quiero decir que no es artificio. No es una máscara. Cuando digo que la masonería es una aventura quiero decir que de algún modo te sumerges en un submundo donde puedes recrearte libremente como eres, sin cortapisas, sin máscara social. Iniciarte en la masonería se parecería mucho a introducirte en un psicodrama en el que coparticipas y que se escribe en tiempo presente. Es tan literaria y libérrima que, haberla vivido siendo escritor, te reporta un material del que no puedes prescindir para escribir.

—¿Qué papel ocupan el Camino de Santiago y el Canal de Castilla en la obra?

—En la apariencia son un enclave más, como hubiera podido ser otro cualquiera, pero en el nivel de la simbología representan el cruce de un camino espiritual (Camino de Santiago) con otro constructivo (canal de Castilla). Simbolizan el cruce que experimentan la Masonería y la Iglesia en la novela al confluir en el proyecto común de perfeccionar el gobierno global de la humanidad.

—¿Hasta dónde llega la dimensión autobiográfica en la novela?

—Se ve en ella que he aprovechado partes de mi vida, como la masonería, la tertulia del café Gijón de Madrid, incluso mi experiencia en los juzgados—algun operador jurídico se entreeve como personaje en la novela—; aunque en esto último podemos decir aquello de que en casa del herrero cuchillo de palo. Me di cuenta muy tarde de que no había introducido la institución del jurado, actualmente vigente, como órgano para enjuiciar el asesinato de Bernardo Monteflor. Lo resolví de un plumazo inventándome una derogación de la institución.

—¿Por qué ha revelado siempre su condición de masón?

—Porque soy valiente (en una ciudad como Palencia hay que serlo para manifestarse como masón), porque estoy orgulloso de serlo y porque no tengo que esconder nada.